

A black and white photograph of a person's back and legs, holding a red flower. The person is seen from behind, with their right hand holding a large, vibrant red flower. The lighting is dramatic, highlighting the contours of the body against a dark background.

*Alexa
Ardente*

*El secreto
de Marina*

Novela

El Secreto
de Marina
Novela

Alexa Ardente

Copyright © 2018 Alexa Ardente
All rights reserved

Diseño cubierta: Carmen Aponte—Rodríguez

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o escenarios es puramente casual.

ISBN: 9781796396034

Disponible: Amazon Books
Amazon eBooks

Imaginación

Me gusta contar historias y me encantan los buenos narradores. En ocasiones cierro los ojos y me imagino lo que podría pasar al día siguiente. A veces son sólo fantasías que me distraen de los pensamientos que me atormentan. En ocasiones, cuando estoy en un lugar público, comienzo a imaginarme que todas las personas están desnudas. Cuando veo a cierto tipo de hombre que me parece atractivo, me lo imagino haciendo el amor conmigo. Como el día que estaba entrevistando al presidente de un prestigioso banco y sentí el impulso de subirme a su falda y besarlo. Me lo imagine todo como si fuera una película, pero hice la entrevista con dignidad y nadie supo de las ideas que pasaban por mi mente.

Uno de estos impulsos imaginarios se convirtió—ron en realidad la tarde que hice el amor con Jorge. Aunque eso de hacer el amor no es otra cosa que un eufemismo. Para ser más específica les cuento de la tarde en la que tuve sexo con él.

Jorge y yo trabajábamos en una empresa que se especializaba en la preparación de publicaciones. Hacíamos allí todo lo que se pudiera enviar a una imprenta y publicarse. Recientemente incluimos entre nuestros productos publicaciones y blogs en la Internet. Yo hacía traducciones y escribía artículos que fueran apropiados para cada medio de comunicación. También editaba los escritos de otros periodistas. Todo lo que tuviera que ver con el material editorial.

Jorge era como unos veinte años mayor que yo pero, tenía las nalgas duras como piedras y el vientre muy plano. Hablaba español con un acento madrileño. Aprendió a hablar inglés en Inglaterra por lo que cuando hablaba el lenguaje de Shakespeare lo hacía con un acento británico. Creo que eso lo hacía muy popular entre los estadounidenses que no se daban cuenta de su origen español que lo identificaría más con los hispanoamericanos. Esto de los acentos en los Estados Unidos es como las castas sociales. Dependiendo de tu acento o tu raza te cae el estereotipo como un vestido que a veces no es el que va contigo. Cuando Jorge dice escuetamente que es europeo, dice la verdad. El solamente aprendió a jugar el juego de los lenguajes y a utilizarlo a

su conveniencia.

Más de una de la mujeres que trabajaba con nosotros en la casa de publicaciones se había interesado en Jorge. Pero hasta ahora él no había mostrado interés en ninguna de ellas. Yo creo que era más por aquello de mantener el ambiente profesional. Él era muy serio en todo lo que tenía que ver con el trabajo. Yo creo que era por eso que no les prestaba atención.

Yo nací y crecí en la ciudad de Hartford, en Connecticut. Aunque siempre he vivido en los Estados Unidos, hablo muy bien el español. Mi mamá y mi abuela me obligaban a repetir cada erre y cada vocal para que no se me olvidara el lenguaje que se habla en Puerto Rico y que yo practicaba durante algunos veranos que pasaba en la Isla. Mi abuela siempre pensó que algún día volveríamos a vivir en su tierra y que no quería que yo tuviera problemas con el lenguaje. Solamente volvían a Puerto Rico de vacaciones y yo nunca viví en “esa fabulosa isla en la que la gente se sonríe, saluda a los desconocidos y ayuda al prójimo”, como decía mi abuela. Mi padre, un irlandés que hablaba español, siempre decía que había que aprender otros idiomas. Todos los días en mis tareas laborales yo utilizo el español que me atosigaron, el inglés que se habla en Connecticut y el francés que aprendí en la Universidad.

Pero, volvamos a Jorge, el director de fotografía y artes gráficas de la empresa. El madrileño tenía un pelo muy abundante y unas canitas, no muchas, que me parecían de lo más elegantes. Una sonrisa que me inspiraba confianza. Ya lo había mirado por todos lados. Las manos limpias y siempre olía a colonia. El hombre estaba más bueno que los últimos dos novios de 30 años de edad que había tenido. Él se convirtió aquella tarde en el objetivo de mis deseos. Yo me imaginaba entre sus brazos, besando aquellos labios tan masculinos y restregando mi cuerpo con el de él. Un deseo fuerte que se apoderaba de mí. Un instinto carnal que debía frenar para guardar las apariencias en la oficina.

Ese día Jorge y yo trabajábamos en un proyecto especial de la Editorial. Él se encargaba de todos los arreglos artísticos y del montaje de las publicaciones. Compartíamos por muchas horas aquel trabajo que tanto nos apasionaba.

Jorge tenía muchos años de experiencia. Había trabajado en periódicos, revistas y editoriales de libros en diferentes partes del mundo. Siempre terminaba dándome ideas y ayudándome para que pudiéramos terminar aquellos montones de artículos que se acumulaban en mi escritorio. En muchas

ocasiones sabíamos que no era humano y posiblemente era ilegal el que trabajáramos tantas horas. En mi caso, yo sentía una pasión increíble por aquellas publicaciones. Era una satisfacción inexplicable que compensaba cualquier esfuerzo.

Ese miércoles en la tarde, a mitad de mes, dábamos los toques finales para enviar una de las revistas a la imprenta. El miraba los colores, las configuraciones y las imágenes para asegurarse que todo estuviera perfecto. Tenía una habilidad increíble y en más de una ocasión me informó de algún error que se había cometido con el titular y que a mí y al corrector de pruebas se nos había pasado.

Jorge había viajado el mundo entero con sus cámaras fotográficas. Era inteligente y podía hablar prácticamente de cualquier tema porque era un ávido lector. Lo interesante de Jorge es que por su educación y personalidad se imponía prácticamente en cualquier ambiente. Sí, era un fotógrafo y en más de una ocasión lo había visto tomando fotos en las fiestas de sociedad a las que asistía con mis padres. Pero usualmente cuando los periodistas y los fotógrafos cubren ese tipo de eventos se mantienen en lo suyo y no forman parte de las fiestas. En el caso de Jorge, una nunca sabía cuando estaba tomando fotos o si era invitado de alguna de las familias aristócratas de Connecticut. Luego me enteré que el también pertenecía a ese ambiente y que su familia tenía mucho dinero. Pero eso de ser un hijo rico de sociedad a Jorge no se le daba muy bien. No tenía el aire de aristócrata y se sentía muy incómodo en esas actividades. De hecho, convenció a los dueños de la empresa para que contrataran a un aprendiz de fotografía y lo adiestró para que tomara fotos en los eventos de sociedad. Así se liberó de las pamplinas de la gente de sociedad y la clásica foto del anfitrión. Odiaba trabajar en esas actividades. La administración de la empresa apreciaba tanto el trabajo de Jorge que aceptó contratar otro fotógrafo que básicamente iba a cubrir eventos que a Jorge no le resultaban interesantes. Su trabajo se concentraba en ser jefe de arte y fotografía de todas las publicaciones y hasta de las nuevas modalidades en la Internet.

En una que otra ocasión me lo encontré por casualidad en alguna fiesta a la que yo asistía en compañía de mi padre pero Jorge estaba como invitado y sólo cumplía con el tiempo requerido para quedar bien con los anfitriones.

Esa tarde en la que nos quedamos trabajando fuimos al salón de conferencias y allí desplegamus unas pruebas impresas para darle el último

vistazo antes de enviarlo a la imprenta.

Rozó mi mano accidentalmente y eso fue como si tocara un botón que activó todo mi cuerpo. Sentí mi rostro caliente. Era como una corriente eléctrica que encendía mis extremidades y me llegaba al útero para terminar en mi clítoris. Sí, sentía como si toda mi corriente sanguínea se fuera a mi clítoris. Trataba de controlarme para que Jorge no se diera cuenta y sentí un sudor frío bajar por mi espalda. Yo creo que me gusta este hombre, pensé mientras trataba de concentrarme en los papeles. Noté que mi respiración se aceleraba.

—¿Estás bien? —Me preguntó el muy ingenuo.

—Sí. —Le contesté sin mucha firmeza. Tratando de disimular lo que estaba pasando con mi cuerpo. La excitación, la emoción, las ganas...

Continuamos hablando del proyecto en cuestión. El mencionó que no le había gustado que retocaran la foto de la gobernadora porque ahora no se parecía a ella. Dijo que los lectores iban a empezar a rumorar que se había hecho una cirugía plástica. Nos reímos mirando la foto.

—Hay que cambiar esto. —Me dijo apuntando a la foto con sus manos grandes.

—Tienes razón. Pero ya todos los otros empleados se fueron. —Le contesté encogiendo los hombros y con la esperanza de que enviáramos el trabajo para la imprenta lo más pronto posible. Era tarde y habíamos pasado muchas horas trabajando.

—¿No me conoces todavía? Yo mismo hago el cambio en unos minutos estará listo. —Me dijo y agarró unos papeles que habían en la mesa.

Se acercó a mí y me voltee. Quedamos muy cerca. El saloncito tenía una mesa en el medio y seis sillas que utilizábamos para reuniones. Sentí su aliento a menta y me lo imaginé agarrándome por la cintura y haciéndome el amor allí mismo en medio de la mesa. Evité su mirada por un momento para ocultar mis pensamientos. No creo que se haya dado cuenta porque siguió caminando con los papeles hacia su oficina.

Mientras él se fue a hacerle arreglos a las fotos, yo me quedé en la sala de reuniones con un calentón hormonal que ni cuando tenía 15 años de edad había sentido. No entiendo la excitación sexual tan grande que me provocaba Jorge. Su aire aventurero y su habilidad para hablar de cualquier tema me hacían desearlo más y más. Y ese acento que tenía al hablar el español que me llevaba al borde de un orgasmo.

—Arreglé todo y envié la revista a la imprenta. Ya nos podemos ir. —Me dijo.

Caminamos hacia la puerta y apagamos las luces. La misma rutina que seguíamos cuando trabajábamos hasta por muchas horas.

—¿Dónde está tu coche? —Me preguntó mirando hacia el estacionamiento. Siempre que salíamos tarde él me acompañaba hasta mi automóvil.

—Esta mañana estacioné mi auto al lado del tuyo. —Le indiqué apuntando hacia el lado sur del estacionamiento.

Estábamos muy cansados. Había sido un día largo. Pero a mí me quedaban energías para imaginarme montada cabalgando al madrileño. Si me besara ahora mismo, pensaba yo. Deseaba que me arrancara la ropa y me hiciera el amor, allí mismo. Es que las ganas por Jorge me comen por dentro.

—Debes estar agotada. —Me comentó cuando llegamos a donde estaban nuestros autos.

—Sí. Tan pronto llegue al apartamento me tiro en la cama a dormir. —Le contesté.

Me lo imaginé agarrándome por la cintura y llegando a apretarme las nalgas. A que me besara poco a poco y llegara hasta mis senos que no disimulaban la excitación. Me lo imaginaba haciendo el amor conmigo en el automóvil. Que delicioso sería. Allí, en la oscuridad, escondidos como si estuviéramos haciendo algo malo. Esta imaginación mía siempre tan atrevida. ¿Qué haría él si supiera lo que yo estaba pensando?

—Hasta luego. Que descanses. —Me sacó de mis pensamientos eróticos con aquella frase. Me despedí de él por aquella noche.

Eran las 11:45 de la noche cuando llegué al apartamento. Estaba extenuada. Había sido una larga jornada de trabajo. Me di un baño rápido y me metí en la cama. Cerré los ojos y allí apareció otra vez el deseo sexual que me ocasionaba Jorge. Me lo imaginaba metido en mi cama, con calma quitándome las pocas prendas que usaba para dormir. Me lo imaginaba pasando sus dedos por todo mi cuerpo, besándome toda hasta hacerme gritar de pasión. Me lo imaginaba haciéndome el amor bien rico y sin reservas. Estaba tan cansada que a pesar de la excitación que sentía me quedé dormida.

El portafolio rojo

Hace un par de años atrás en una de esas cosas extrañas que pasan en algunas oficinas, en la editorial agarraron a dos personas teniendo relaciones sexuales en el sótano del edificio. Todo fue muy confuso y no los despidieron porque en realidad no tenían pruebas de qué era exactamente lo que estaban haciendo.

Las excusas fueron tan veraces que hasta ellos mismos se las creyeron. Uno de los asistentes de contabilidad, Josh, y uno de los editores, James, estaban en el sótano un jueves a eso de las 3:00 de la tarde. En eso la asistente de James fue a buscar en unos archivos que allí estaban y para su sorpresa se encontró a su jefe con su pantalón abierto y con todo al aire. Ella pegó un grito de espanto más porque se asustó por la sorpresa de encontrar personas allá abajo que por las menudencias de su jefe. Al escucharse el grito de ella en el primer nivel del edificio, unas cuantas personas se apresuraron a llegar al sótano. Las primeras dos o tres personas que llegaron vieron a James cerrándose el pantalón y a Josh tratando de salir por una puerta de emergencia. Hubo hasta quien dijo que le vio las pálidas nalgas a Josh.

—No pasa nada. Mi asistente se ha asustado porque no esperaba encontrarme aquí. Solo vine a buscar el portafolio rojo. —dijo James nervioso.

—¿El portafolio rojo? —dijo ella confundida.

—Sí. ¿No recuerdas? Se me perdió el portafolio rojo... —Contestó él.

Desde entonces, cuando en la oficina se habla del portafolio rojo todos sabemos que están hablando de sexo.

Por ahí empezaron los chismes y las bromas que fueron tan crueles que al cabo de un año James y Josh se tuvieron que ir de la empresa. Yo consideré bastante injusto que se burlaran de esa manera de ellos. Las burlas eran más por el hecho de que eran dos hombres que por haber estado teniendo sexo en

el sótano. No eran los primeros que iban a desahogar pasiones al almacén. Pero las demás parejas que iban eran heterosexuales. Como por ejemplo, el jefe de ventas que era casado, y de vez en cuando iba al sótano con una de las chicas que venían a trabajar como internas. Eso sí era malvado y vergonzoso. Pero como eran heterosexuales nadie se burlaba o hacía comentarios crueles.

Yo seguía pensando en Jorge. Me lo imaginaba desgarrándome la ropa y tocando todo mi cuerpo. Penetrándome fuerte y profundo. Hasta que un una tarde de esas en la que hay que esperar por algún artículo a medio corregir se me antojó Jorge. No tuve que decirle mucho. Pareció accidental que se me cayeran los papeles que llevaba en la mano cuando él pasó por mi lado. Me incliné para recogerlos haciéndome la confundida. Le dejé ver la división entre mis senos. Y alcancé a ver sus ojos pequeños encendidos con lujuria. Siempre me ha gustado que los hombres me miren con deseo.

—Se te quedó el portafolio rojo en el almacén. —Le dije.

—¿El almacén? — Me preguntó confundido.

—Vamos, necesitas el portafolio rojo, te ayudo a buscarlo. —Le dije y comencé a caminar hacia el sótano.

—¿De qué hablas? —Me preguntó.

—Sí, el portafolio rojo. —Insistí.

Pero que hombre más despistado que no se da cuenta que lo que quería era comérmelo a besos. Lo miré a los ojos y me mojé los labios con la lengua. Aunque yo sabía que él se moría de ganas parecía no entender que yo también. Entonces rocé con mi mano su pene, muy discretamente para que las cámaras de seguridad que habían instaladas en el pasillo no captaran mis intenciones. Noté que él ya tenía una media erección.

—Sí, claro. El portafolio rojo. —Me dijo nervioso.

Comencé a caminar frente a él. Bajé las escaleras y él me siguió aturdido. Había una oficina pequeña con un escritorio y un par de sillas. El resto del sótano era un espacio abierto en el que se guardaban papeles y objetos que no se usaban con frecuencia.

—Guapa, con el tiempo que llevo queriendo comerte ese coño y a ti se te ocurre que sea aquí. Si nos agarran nos despiden. —Me dijo mirando hacia atrás para asegurarse que nadie nos estaba mirando.

—No nos van a agarrar —le dije.

—¿Y los otros empleados? —me preguntó nervioso.

No le contesté. Me sonreí al ver su inocencia. Ese espacio sin cámaras de

seguridad había servido de motel en más de una ocasión. Era un secreto a voces.

Cuando llegamos a la pequeña oficina le planté un beso a la misma vez que le agarré el pene que ya estaba casi preparado para mí.

—Mira como me tienes, mujer. —Me dijo casi sin aliento.

En invierno una se pone tantas cosas para protegerse del frío que tener sexo a escondidas y rápido en una oficina es bastante difícil. Pero ya me había imaginado que me iba a dar un banquete con Jorge. Había entrado al baño y me había quitado todo lo que llevaba debajo. Solamente llevaba mi vestido con una conveniente falda ancha, las botas negras que me encantaban y el sostenedor. Las medias, los calentadores y todas las piezas extras las había dejado en una gaveta de mi escritorio.

—¡No llevas bragas! —Me dijo cuándo me agarró las nalgas.

—¿Pantis? No. —Le dije con una sonrisa.

Con una fuerza que no me esperaba me agarró por las caderas y me subió a un escritorio que había cerca.

—Joder, si no le pusimos el cerrojo a la puerta. —Me dijo.

—Yo la cerré. Pero deja que los demás se imaginen que estamos buscando el portafolio rojo. No van a entrar. —Le dije riéndome.

—Esto está en contra de la ley. ¡Qué nos pueden agarrar! —Decía con una cara de miedo que a mí me pareció muy simpática.

—Vamos, disfrútalo que no estamos robando un banco. —Le dije para tranquilizarlo, le di un suave beso en los labios y lo abracé. Entonces sentí que Jorge perdió el control y eso me excitó más. Me subió la falda y ni cuenta me di cuando se abrió el cierre de cremallera y sacó su pene. Quedé sentada en la mesa. Jorge se acomodó entre mis piernas. Si, como en las películas. Ni siquiera le vi el pene. Sé que sacó algo de su bolsillo lo que entiendo era un profiláctico y se lo puso. Rápido se fue adentro.

—Marina, me vuelves loco. —dijo eso y puso la cabeza en mi cuello. Sentí sus labios y su nariz descansando en mi piel. Empujó una, dos, tres, cuatro veces...

—Joder, no puede ser. —dijo.

—¿Qué pasa? —Le dije tratando de controlar mi respiración agitada.

—¡Que me he corrido! —Exclamó desesperado.

—¿Cómo que te corriste? —Le pregunté sin entender su español.

—Que eyaculé. Eso. Que me vine. Que se jodió esto. —Me dijo con cara de

frustración y vergüenza.

—No. —Le dije desilusionada.

—Ay Marina, perdóname. Con el tiempo que hace que te tengo ganas y no pude aguantar. —Me dijo y puso su mano grande y abierta en mi mejilla derecha.

—Está bien. —Puse los pies en el piso y me acomodé la falda recobrando mi dignidad.

—No. No está bien. Te veo la cara de frustración. —Me dijo avergonzado.

—No te preocupes. Otro día encontramos el portafolio. —Le dije y le besé los labios.

—Cojones portafolio. Te voy a follar en tu casa o en la mía. Que con este estrés no puedo. —Me contestó con ese carácter ruidoso que tenía.

El pene del madrileño se quedó satisfecho pero su orgullo de hombre muy herido. Yo la verdad que estaba muy decepcionada. Tanto desear ese momento y que resultara tan corto que ni me enteré. Era la primera vez que yo me ponía a tener “rapiditos” en la oficina y con lo flojo que fue no me quedaron ganas de volver a buscar el dichoso portafolio rojo en el almacén.

Al parecer la excitación de hacer algo a escondidas no funcionó para nosotros. Encima de la poca satisfacción se me quedó como un sentimiento de culpa. Qué tal si como decía Jorge nos hubieran agarrado. Ni él ni yo teníamos ninguna necesidad de pasar por vergüenzas. Que después de todo eso dos adultos estar teniendo sexo en la oficina no es tan normal.

Bueno, como decía la abuela: “a lo hecho, pecho” y para adelante que ya no se podía hacer nada. No nos agarraron, nadie se enteró y se acabó el cuento.

¿En tu casa o en la mía?

Al otro día de nuestro “fugaz” encuentro vi a Jorge en la cafetería que estaba cerca del edificio donde trabajábamos. Era una fría mañana de enero. Entré al local y lo saludé como si nada hubiera pasado. Me paré a su lado y pedí un café para llevármelo a la oficina. En su rostro noté que quería hablarme pero no se atrevía. Agarré mi café pagué y me dispuse a salir del lugar.

—Espera, no te vayas. Camino contigo hasta la oficina. —Me dijo y abrió la puerta del local para que yo saliera primero. Siempre tan atento y caballeroso.

Yo no quería humillarlo así que mientras caminábamos esperé que fuera él quien hablara primero de la “deuda” que tenía conmigo.

—Hace mucho frío. —Le dije con naturalidad.

—Marina, estoy loco por ti. Por fin logro ligar contigo... Eres tan joven, tan bonita... Y, ayer...—

—No te preocupes, Jorge. Eso le pasa a cualquiera. —Lo interrumpí.

—¿En tu casa o en la mía? —Me preguntó.

A la verdad que no me importaba que Jorge tuviera 51 años y yo 30. Yo no sentía la diferencia de edades. Él estaba guapísimo y hacía tiempo que yo quería que me invitara a cenar o a lo que fuera. Ahora él estaba en deuda conmigo. De acuerdo con Jorge, era una deuda doble. La primera por no satisfacerme y la segunda porque yo era, según él, más joven y guapa. Además, Jorge tenía razón. Eso de que tener sexo en tu lugar de trabajo es un riesgo que podría traer muchas consecuencias.

—Ni en tu casa ni en la mía. No me lo tomes a mal Jorge, pero lo que pasó ayer fue algo que no planifiqué. —Le contesté, tratando de disimular. La verdad es que hacía tiempo que estaba deseándolo.

—Te entiendo, Marina. Pero déjame complacerte aunque sea una vez. Dijiste que te debo como cinco orgasmos y te los voy a pagar.

—Pues los orgasmos se van a tener que esperar porque ahora quiero que me invites a un trago y a cenar.

—¿En serio? ¿Y vas a ir conmigo? —Se sonrió esperanzado.

—¿Qué quieres decir con eso de que si voy a ir contigo? —Le contesté con otra pregunta.

—Marina, es que eres tan guapa y joven. —Me dijo suspirando.

—Y si me encuentras tan guapa, ¿por qué nunca me has invitado a salir en una cita? —Le pregunté buscando con mis ojos su mirada.

—Pensé que me ibas a decir que no. Me resignaba a verte aquí o a ir contigo cuando salíamos con el grupo de compañeros de trabajo. Disfruto de tu amistad y tu compañerismo, no quería que te sintieras incómoda.

—Al principio yo creía que era que te gustaba el jefe y por eso no me hacías caso. —Le dije sonriendo.

—¿El jefe? Carajo Marina, no jodas. —Dijo un poco sorprendido y un poco enojado.

Me reí. Las expresiones de Jorge siempre me hacían reír. Como esa de usar el verbo follar para referirse al acto de tener relaciones sexuales. Ese hombre, así madurito, me encantaba. Pero yo no quería nada serio. De hecho, yo no estaba buscando una relación seria con nadie. Eso del matrimonio y de los hijos no estaba en mis planes. Jorge, estaba divorciado y tenía un hijo y una hija estudiando en una universidad y con lo costosa que es la educación universitaria en los Estados Unidos algún efecto tenía que haber causado a su cuenta de ahorros. Con esa situación yo entendía que no vendría a fastidiar con lo de tener compromisos o con el cuento de los hijos que yo no quería tener. Tampoco con la clásica relación en la que las mujeres siempre acabamos jodidas. ¡Que no! Que yo lo que quiero es disfrutar y luego cada cual a lo suyo. Era el encuentro perfecto, el sexo perfecto... Bueno, ni tan perfecto. Había que ver si fuera del almacén de la oficina Jorge podía pagar la deuda de los cinco orgasmos.

—¿A dónde quieres ir? —Me preguntó con una voz muy baja y tan cerca que sentí entre nosotros una intimidad muy extraña.

—No sé. No tengo en mente ningún lugar especial. —Le dije.

Llegamos al edificio en el que trabajábamos. Él todavía estaba sonriendo. Parecía un niño con juguete nuevo. Parece que eso de “follar” —como él decía— con una mujer más joven lo tenía muy emocionado. Tenía una expresión de satisfacción en su rostro, que nunca le había visto. Si él supiera

que las ganas me comían por dentro y que si no fuera porque no quería que pasara lo mismo del día anterior lo hubiera agarrado y me lo hubiera llevado a buscar el portafolio rojo otra vez. Pero, ¿qué mujer quiere tener dos rapiditos en dos días? Rapiditos de un minuto. Ay, no. Me quedé como si nada hubiera pasado. Con lo mucho que deseaba al dichoso madrileño.

—Por andar coqueteándole a Jorge tenía atrasado el trabajo. Mi escritorio lleno de papeles y tenía en la agenda unos cuantos asuntos pendientes. Todo esto sin contar todos los correos electrónicos que tenía que contestar. Pero mi madre puertorriqueña nunca había dejado que el dinero de los negocios de mi padre se me subiera a la cabeza. Yo estaba acostumbrada a trabajar y a trabajar duro.

Entre una cosa y otra no nos vimos hasta la una de la tarde. Él iba saliendo del área de artes gráficas y yo de mi oficina.

—En West Hartford. En tu apartamento. —le dije mirándolo a los ojos a través de mis espejuelos.

—¿Qué? —Me dijo.

—Que en tu apartamento. Esta tarde. Hoy es viernes. Yo llevo el vino. —Le expliqué.

—Sí, por supuesto. Yo preparo algo de comer. Por si no quieres salir.

—Hace mucho frío. No sé. Lo pensamos luego. —Le contesté.

—Sí, claro. Como tú quieras. —Me dijo nervioso.

—¿A las siete? Te voy a enviar la dirección en un mensaje de texto a tu teléfono móvil. —Dijo con una sonrisa de medio lado.

—A las siete me parece perfecto. —Asentí.

Regresé la pequeña oficina que ocupaba en la empresa y casi enseguida recibí el mensaje de texto con la dirección. Miré el reloj y pensé en mi encuentro con Jorge. Sentía mis brazos y mis piernas calientes. Mi cuerpo se preparaba para Jorge aunque faltaban casi seis horas para vernos en su apartamento. Íbamos a “follar”, pensé y me sonreí pensando en lo curioso de las palabras que usaba Jorge en su español de Madrid.

A la hora de la salida me fui muy rápido sin detenerme a conversar con nadie. Me subí a mi SUV y me comencé a manejar camino a mi pequeño apartamento en el pueblo de West Hartford. Con frecuencia me detenía a ver a mi madre y a mi padre que tenían una enorme casa cerca del complejo de apartamentos en el que yo vivía. Seguía esta rutina casi todos los días, excepto los viernes. Los viernes los llamaba para que supieran que su

testaruda hija soltera, que no quería vivir en la lujosa casa que ellos tenían, estaba bien y había cenado.

Mi madre tan boricua y mi padre un irlandés cuyo plato predilecto era el arroz con habichuelas que cocinaba mi madre. Porque así es el amor. Ella se acostumbró al frío y él al mofongo. Allí en Connecticut tuvieron a sus dos hijas y a su hijo. Mi hermana Christina, alta como mi padre y delgada como mi madre tenía un matrimonio muy tradicional y dos hermosos niños gemelos. ¿Mi hermano? ¡Ay, mi hermano! Ahora con una novia muy extraña que parece que no le agrada mi madre. Pero mi mamá tan noble que no se da cuenta. Por eso Christina y yo le declaramos la guerra.

Todavía no

Me puse un suéter rosado claro con mis jeans favoritos y unas botas color marrón oscuro que me llegaban casi hasta la rodilla. Me dejé el pelo suelto y sólo me puse lápiz labial. Tampoco era cuestión de aparentar ser alguien que no soy. Yo veía a Jorge todos los días y para estar cómoda en la editorial yo mantenía mi arreglo personal muy sencillo. Me puse unos aretes pequeños, dos de mis pulseras en la muñeca izquierda y algunas de mis sortijas. Siempre me han gustado las sortijas. También me puse mis lentes de contacto, nada de espejuelos que si me los quito no puedo ver bien. Quería ver todo con claridad y por supuesto, disfrutarlo.

Llegué hasta el departamento de Jorge y antes de tocar el timbre de la puerta me sorprendieron unas palpitaciones muy intensas. Yo siempre me he sentido muy segura de mi apariencia y de lo que soy como mujer. Sin embargo, Jorge despertaba unas sensaciones en mí que eran muy diferentes a las que había sentido con otros galanes. Era como si él pudiera entrar en mi mente antes que en mi cuerpo. Me gustaba escucharlo hablar y contar con su amistad. Teníamos muchas cosas en común. Me gustaba estar con él. Compartíamos un grado de intimidad un poco extraño. Aun así yo creía estar clara. Nada de enamorarse o de pensar en cosas serias. Aunque con un hombre como Jorge es prácticamente imposible no ilusionarse.

Me recibió con una sonrisa. Esa boca y esos dientes perfectos que me encantaban. Siempre me fijo en la boca de los hombres. Unos dientes limpios y bien cuidados dicen mucho de la personalidad masculina. Tenía puesta un polo blanco que marcaban los músculos de los brazos y también unos bluyines. Se veía tan limpio y tan guapo.

—Pasa, bonita. Te estaba esperando.

—Traje esta botella de vino. —Le dije a la vez que le daba la botella.

—Gracias. Me encanta este vino. Pero vamos siéntate. Acabo de terminar de cocinar.

Cuando pasé a la antesala pude escuchar fragmentos del Concierto para Clarinete de Mozart. El sonido de la música no estaba muy alto por lo que tuve que hacer un esfuerzo para identificar la pieza.

—¿Quieres que cambie la música?

—No. Esa está bien. A mí también me gusta la música clásica. —Le contesté.

Cualquier otro hombre me hubiera arrancado la ropa tan pronto pasé el umbral de la puerta. Un poco confundida me senté en un sofá grande que tenía unos tonos de gris que combinaban con una pintura que había en la sala. En una de las sillas había un hermoso gato grande y blanco que ignoró mi presencia.

—No sabía que te gustaban los gatos. —Le dije.

—¿Eres alérgica? —Me preguntó preocupado.

—No. Yo también tengo uno. —Le contesté.

—Ese gato es de mi hija. Se llama Tom. Me lo dejó por unos días. Menos mal que no eres alérgica. —Me dijo a la vez que sirvió sendas copas de vino tinto.

Se sentó a mi lado y se quedó mirándome a los ojos.

¿De verdad que solamente te interesa follar? Yo que pensaba que las mujeres hispanas crecían viendo la telenovela de las siete y siempre soñaban con el príncipe azul. —Me comentó un poco incrédulo.

—Pues yo crecí viendo la telenovela de las siete. Pero yo siempre quería ser la mala de la telenovela porque la buena se pasaba llorando hasta el capítulo final cuando finalmente se casaba con el galán. Claro, después que él se había acostado, casado y divorciado con todos los personajes femeninos de la telenovela.

—Pero a la mala de la novela siempre le pasa alguna desgracia al final. Termina muerta, loca, sola... algo malo le sucede. —Me dijo riéndose.

—Sí. Yo me buscaba alguna excusa para dejar de ver la telenovelas a mitad cuando la mala todavía estaba gozando y la buena llorando. Mi mamá y mi abuela las veían y siempre han tenido solo un televisor en la casa. Decían que eso de tener televisores en los dormitorios era para criar vagos.

Jorge se seguía riendo a carcajadas. Hasta que paró de reírse y se quedó mirándome fijo a los ojos.

—Sabes que me vuelves loco. Que me encanta tu cabello suelto, tu rostro, tu cuerpo, me encantas tú. —Me dijo y me tomó de la mano.

Sostuve la mirada y esperé a que me besara. Pero el inoportuno gato que

hasta ese momento me había ignorado se le ocurrió interrumpir ese momento. Se subió al sofá y comenzó a caminar entre nosotros y casi me puso el trasero en la cara. Era un gato grande y pesado por lo que fue imposible continuar en lo nuestro sin prestarle atención.

—Yo creo que le simpatizas a Tom. —Me dijo Jorge.

—Mi gato hace lo mismo. —Acaricié al gato para que se moviera.

—¿Cómo se llama tu gato? —Me preguntó.

—Es una gatita. Se llama Gypsi. Le puse ese nombre en honor a una perrita que tenía mi amiga. La perra murió. Estaba ya vieja.

—¡Le pusiste nombre de perro a la gata! —Me dijo sorprendido.

Mientras hablábamos de trivialidades más me excitaba la idea de hacer el amor con Jorge. Pero yo no quería tomar la iniciativa. Ya le había dicho lo que íbamos a hacer, ya habíamos tenido sexo en la oficina —bueno él tuvo sexo yo ni me enteré. —Yo había llegado hasta su apartamento. ¿Qué más? ¿También comenzar aquí? No. Tengo que tener un poco de orgullo. Todos estos pensamientos me atormentaban y me llenaban de ansiedad. Pero la tranquilidad experimentada de Jorge apaciguo mis nervios.

—Preparé algo de comer. Veo que te cuidas mucho así que hice algo bajo en calorías. —Me dijo mientras caminaba hacia el comedor.

El apartamento de Jorge era muy amplio. La decoración muy moderna sin dejar de ser sobrio. Los colores oscuros contrastaban con el blanco de las paredes, con algunas obras de arte y las mejores y más artísticas fotografías que yo haya visto. Los tonos grisáceos también abundaban en la sala. El buen gusto de Jorge se imponía en su apartamento. Los muebles eran muy pocos. Un concepto minimalista clásico imperaba en la decoración. El punto focal eran las fotos y las obras de arte. Era como entrar a una galería donde se exhibían pinturas y fotos que resaltaban a la vista. Aquel “penthouse” costaba una pequeña fortuna. Yo sabía que Jorge venía de una familia adinerada pero a él no le interesaba los negocios, no le gustaba la idea de ser un mantenido y todo lo que había hecho en su vida era viajar con sus cámaras y trabajar en publicaciones. No era suficiente para mantener ese estilo de vida. Yo había renunciado a vivir en la casa de mis padres y a la insistencia de ellos de siempre estarme dando dinero. Yo no podría vivir tan cómodamente y con tanto lujo. Esas pinturas que adornaban las paredes deberían costar una fortuna. Como si estuviera adivinando mis pensamientos me dijo:

—He trabajado en muchos lugares y heredé propiedades de mi familia en

Europa. Eso me permitirá retirarme con dignidad cuando me toque hacerlo.

Yo aún confundida por la actitud galante de Jorge. Luego que una mujer se le ofrece a un hombre de la manera que yo lo hice, generalmente lo único que consigue es tener sexo. Él siempre había sido muy atento y caballeroso conmigo y no había cambiado.

—¿Tienes miedo de herir mis sentimientos? —Me atreví a preguntarle.

—Podría ser. —Me dijo.

—Ya tengo treinta años de edad. —Argumenté.

—Así que eres una mujer de 30 años de edad, adulta y muy segura de ti misma. Así que estás en control de todas tus emociones y tus sentimientos. —Me dijo con un tono sarcástico.

—¿Tienes miedo a que me enamore de ti y desarrolle un “fatal attraction”? —Le pregunté.

—¿Cómo sabes que no te vas a enamorar y que no vas a salir lastimada? —Me contestó con otra pregunta.

—Porque yo sé cuáles son mis riesgos y cuándo detenerme. Yo puedo disponer mi mente para hacer algo de una manera y lo logro. —Le dije mirándolo a los ojos y acercándome más a él.

—Son muy pocas las mujeres que pueden controlar sus sentimientos de esa manera. —Me dijo.

—Pues ya conoces a una. ¿Todavía tienes miedo de lastimarme? —Le contesté desafiante.

—No. No tengo miedo. Pero el lastimado podría ser yo.

No supe que decir. Me quedé mirando a sus ojos profundamente. Nunca había pensado en un hombre desde la perspectiva de sus emociones, de sus sentimientos. Yo creía que ellos podían relacionarse con las mujeres fría y calculadamente y que veían el sexo como una gestión necesaria para el disfrute del cuerpo. Ese es el problema de las generalizaciones. Los hombres y las mujeres somos diferentes. Pero todos y todas somos humanos. Tenemos sentimientos y podemos enamorarnos. Yo tampoco quería herirlo.

—Lo siento. No pensé que... —Susurré.

—Eso y, que “donde tengas la olla no metas la olla”. —Me interrumpió.

—¿Qué dices? —Le pregunté sin entender su expresión.

—Que trabajamos en el mismo lugar y lo que pase entre nosotros puede afectar nuestras relaciones en el trabajo. Pero no nos pongamos tan serios. Sólo comentaba. Vamos come algo. Espero que te guste. —Me dijo cambiando

el tema.

—¡Preparaste una paella! Pensé que habías dicho que era bajo en calorías.
—Le dije sorprendida.

—Sí, la ensalada al lado de la paella. —dijo riéndose.

Cenamos la paella y tomamos el vino tinto. Volvimos al sofá y allí me besó. Fue un beso largo y profundo a la vez que muy suave. Un beso como el de las telenovelas. Sentía su aliento tan íntimo. Acariciándome los labios con su lengua. Un beso con sabor a menta. Refrescante, apasionado y a la vez hermoso. Una sensación extraña se apoderó de mí. Estaba nerviosa.

—Estás temblando. —Me dijo.

—Hace frío.

No hacía frío, la temperatura era perfecta. Me ofreció subir el nivel de la calefacción del apartamento pero en su mirada pude ver que él sabía que yo no temblaba por la temperatura del lugar. En todo caso era por la excitación que aquel momento me producía. Yo misma no puedo decir porque mi cuerpo se comportaba de esa manera. Me sirvió más vino y se sentó a mi lado.

—No pienses que quiero emborracharte. Pero a veces el vino tinto ayuda a entrar en calor.

—Estoy bien.—Le dije a la vez que me dejaba llevar por aquel momento tan íntimo como intoxicada de deseo y placer.

Puso su mano en mi pierna derecha. Nos abrazamos allí sentados. Parecíamos novios de pueblo. Teníamos una calentura terrible y no nos atrevíamos a meternos mano. Yo pude ver que debajo de sus jeans crecía una enorme erección que me ponía más excitada. Un hombre que besa rico debe ser aún mejor haciendo el amor. Espero no equivocarme.

Continuamos hablando de cosas triviales y bebiendo aquel delicioso vino que no me quitaba las ganas de hacer el amor sino que cada vez me hacía sentir más relajada a la vez que excitada. Hasta que por fin, allí abrazados, respirando el aliento fresco de Jorge y sintiendo que se me iban a explotar las entrañas si no terminábamos con esta espera torturante, las caricias fueron subiendo a otro nivel. Acarició mi pierna desde la rodilla hasta el muslo. Sentí esa fuerza masculina que me hacía suspirar.

—Te debo cinco orgasmos. —Me susurró al oído.

—No pienses en eso...

Ahora sí

Sin mucha prisa fuimos poco a poco acariciándonos. Me besaba con ternura. Pasaba sus dedos por mi cabello. Besaba mi rostro y mis labios y yo correspondía a sus caricias. Casi sin darme cuenta comenzó a besar mi cuello y casi me lleva al punto de un orgasmo. Siempre el cuello ha sido uno de mis puntos más sensibles. Yo estaba muy excitada y deseaba irme con él a la habitación. Pero dejé que él dirigiera el ritmo de aquella danza placentera que habíamos comenzado.

Continuamos así hasta que finalmente él me tomó de la mano para pasar a su habitación. Tenía una cama grande en el centro de la habitación. Prevalecían los mismos tonos de gris y la tendencia minimalista que imperaba en el resto del apartamento. Había una obra de arte sobre el cabezal de la cama que contrastaba con el resto de la decoración de la habitación y que establecía el punto focal del dormitorio. Luego me contó que el cuadro lo había pintado su madre. Ella había dedicado su vida al arte y aun a los 70 años de edad pintaba. Todas las pinturas que tenía en el apartamento habían sido creadas por ella.

Llegamos casi frente a la cama, me dio un abrazo grande y apasionado. Sentí sus labios apretando los míos y su lengua de menta penetrando mi boca. El aroma de su perfume suave pero tan masculino me excitaba más. Mi respiración se aceleraba. Me besaba mientras metía sus manos por debajo de mi suéter. Me separé un poco y lo ayudé a quitármelo. Le desabotoné la camisa y allí quedó su pecho descubierto. Pasé mis manos acariciándolo y sintiendo cada uno de sus músculos. Tenía sólo unos cuantos bellos en el centro del pecho. En ese abrazo sentí su pene contra mi cuerpo. Adiviné que era grande y estaba muy firme. El cubrió mi cintura con sus manos grandes y atrevidas. Caímos sobre la cama y el comenzó una lucha con mis apretados jeans azules. Finalmente quedamos desnudos... Su mirada penetrante me

poseyó primero que su cuerpo.

Nunca había sentido tanta pasión con un hombre. Y nunca me había acostado con un hombre que fuera unos veinte años mayor que yo. Allí estábamos desnudos en su cama y él tratándome como si yo fuera una muñeca de porcelana. Comenzó a acariciarme ritualmente. Me dio unos besos húmedos en el rostro. Besó mi frente. Acarició mi pelo con sus dedos. Besó mis mejillas y luego mis labios como si estuvieran bendiciéndome con ternura, con delicadeza... Entonces continuó hasta mi cuello. Allí se detuvo y me llevó casi hasta el borde de la locura. Me miró a los ojos para disfrutar mi mirada de placer. Se detuvo en mi pecho y también lo besó. Sus manos hacían turnos con su lengua para acariciarme. Continuó su recorrido por mi cuerpo y sólo con sus caricias, yo tuve un orgasmo.

—Disfruta. —Me dijo y me abrazó mientras yo recuperaba mi aliento.

Luego de ese momento de éxtasis las cosas fueron fluyendo en la intimidad que provocaba nuestra amistad. Siguió su recorrido por mi cuerpo con su boca. Me besaba, me lamia y yo estallaba de placer. Bajó de mis pechos hacia mi vientre y tanteaba con su mano delicadamente mi sexo. Entonces llevo su boca a entretenerse con mi clítoris. Mi respiración acelerada y la presión de sus manos sobre mis nalgas empujándome hacia él me hicieron tener otro orgasmo aún más intenso que el primero.

Aquella noche perdí la cuenta de los orgasmos y de las veces en las que hicimos el amor. El parecía no cansarse. La experiencia le ganó a mis treinta años de edad y me quedé dormida en un sueño profundo.

Cuando abrí los ojos él no estaba a mi lado. Desperté algo confundida. No esperaba pasar la noche entera con Jorge. Eso parece una relación, un noviazgo. Mucho más que sólo amigos. Absorta en mis pensamientos me senté en la cama. Estaba completamente desnuda. Mi ropa estaba sobre una silla que había en la habitación. Parecía como si Jorge la hubiera recogido del suelo y la hubiera puesto allí. Mientras caminaba desnuda hacia la silla entró Jorge.

—¡Qué buenorra amaneces! No te pongas esos bluyines endemoniados todavía. —Me dijo.

—¿No te gustan mis jeans? —Le pregunté.

—Me encantan, pero pasé mucho trabajo quitándotelos. —Me dijo con una sonrisa.

—Es hora de irme. A lo mejor ni te esperabas que me quedara dormida.—
Le dije sintiendo un poco de vergüenza.

—No. No es hora y quiero que te dejes consentir, mujer. Yo ya preparé desayuno. Mira si quieres cubrirte, no que lo necesites, puedes ponerte esta bata.

Me dio una bata de seda con tonos rosados. Me imaginé que era de alguna otra mujer. De alguna amante furtiva que tenía. Quizás tenía alguna novia fija y yo no lo sabía. Pero yo no quería preguntar. No quería que pensara que yo era una mujer celosa e insegura.

—¿Es de tu hija? —Finalmente le pregunté.

—¿Qué? ¿La bata? No. Mi hija no se pondría algo así. A ella todavía le gusta usar pijamas de adolescente con colores y camisetas con mensajes graciosos. —Me dijo con una sonrisa de medio lado y continuaba mirándome con esa lujuria fogosa que le salía por los ojos.

—¿Qué pasó? ¿Estas celosilla?

—¿Celosa? ¿Y por qué lo iba a estar? Nosotros estamos claros. —Afirmé levantando la cabeza y evitando mirarlo a los ojos para recuperar mi dignidad.

Terminé de cerrarme la bata y él me tomó por una mano como si fuera una niña y me hizo seguirlo hasta el comedor.

—No tienes que brindarme tantas atenciones. —Le dije recuperando mi orgullo herido porque él se dio cuenta que yo estaba celosa.

—Soy un caballero y te voy a consentir todo lo que te mereces. Ah, y es de mi madre. La bata es de mi madre.

Peter

Cuando terminamos de desayunar nos quedamos mirándonos a los ojos por un rato. Me tomó de la mano y me condujo otra vez a la habitación. Me recosté en su pecho y me sentí protegida. Él no era cualquier extraño con el que había pasado la noche. Jorge era mi amigo. Había un vínculo emocional que me unía a él. A los pocos minutos se quedó dormido y yo continuaba pensativa a su lado.

Pensé en mi anterior novio, Peter, y en todo lo que había pasado en los últimos meses. Esa angustia secreta que me perseguía a todas horas. El miedo que me provocaban y sus amenazas. Y las fotos. Esas fotos que decía que iba a mostrarle a mi padre. Sus llamadas, sus mensajes, ese hostigamiento y mi falta de valor para hacerle frente. Maldita la hora en que me involucré con ese desgraciado abusador. Quisiera poder deshacerme de él para amar a otra persona. Para poder seguir adelante con mi vida y establecer otra relación si eso era lo que me apetecía. Quién sabe si con el mismo Jorge con el que me llevaba tan bien. Este hombre tierno y apasionado que tengo a mi lado y que me trata como a una reina, como a una diosa a la que tiene que venerar. Si yo pudiera borrar a Peter de mi vida y que me dejara en paz.

Conocí a Peter Weber en un coctel y cena de empresarios a la que acompañé a mi padre. Mi mamá estaba acatarrada y él no está acostumbrado a ir sin ella a esos eventos. Peter Weber era increíblemente alto con una piel muy blanca. Sus ojos azules y sus pestañas largas me cautivaron. Por su estatura, era imposible no darse cuenta de su presencia imponente. Por sus ademanes noté que estaba acostumbrado a la elegancia y a los lujos, lo cual es algo que nunca me ha importado pero que en ese momento no pude dejar de notar ese aire refinado. Quizás porque eso era lo que el muy manipulador quería que yo notara para no dejarme ver quien era él en realidad.

Con mi padre al lado, contuve mi costumbre de imaginar a un hombre que me gusta, desnudo y haciéndome el amor. Esos instintos salvajes no me

ocurrían cuando mi madre o mi padre estaban cerca. No sé si era respeto o pudor pero mi imaginación se bloqueaba completamente.

En ese ambiente aristócrata al que estaba acostumbrada por ser el ambiente en que se desempeñaba mi padre con sus múltiples negocios me sentía segura. Y ese fue mi gran error. Confiar. Creer en el mismo Satanás en persona que era Peter. Un riquillo sin oficio ni beneficio al que su familia siempre protegía para guardar las apariencias. Nadie sabía la clase de demonio que era. Siempre había pensado que en el mundo no hay extremos y que nadie era completamente bueno o malo. Pero me equivoqué. Detrás de sus ojos azules, su piel blanquísima y su fina elegancia se escondía un ser manipulador y malvado que ahora me torturaba con unas fotos en las que él decía que yo aparecía desnuda y unos vídeos que según él había tomado cuando teníamos relaciones sexuales. Nunca vi las fotos o los vídeos pero él me amenazaba y me los describía con tanta veracidad que ya yo no podía diferenciar la realidad de la mentira.

Ese día en el que conocí a Peter él saludó a mi padre y le preguntó por doña Deborah, mi madre. En el ambiente coctelero y de negocios de Hartford todos conocían a mi madre. Ella siempre llegaba del brazo de su esposo a las actividades y lo ayudaba a establecer contactos importantes. Ellos eran la pareja ideal, siempre juntos. No era raro para mí y mis hermanos llegar a su casa y encontrarlos durante los fríos inviernos acurrucados frente a la chimenea hablando. Era un amor hermoso el que había entre ellos y eso era lo mismo que yo esperaba obtener algún día. Al no ver a mi madre en una de las actividades sociales, los conocidos de la familia siempre preguntaban por ella. Por eso no me extrañó que Peter preguntara por mi madre. Mi padre le explicó que ella no había podido asistir pero que yo había venido a acompañarlo. Entonces me presentó a Peter.

—Sabía que esta joven tan hermosa era su hija. El parecido con usted y su esposa es indiscutible. —Dijo.

Yo estaba embelesada ante esa presencia masculina tan imponente. Simplemente sonreí y le extendí mi mano en un formal saludo. Sentí el calor electrificante de su mano y sentí como se me erizaba la piel.

Cuando lo conocí la información que tenía de Peter Weber era que se dedicaba al negocio de los bienes raíces y aunque constantemente se escuchaban noticias negativas en cuanto a cómo habían pérdidas en el valor de las propiedades, él había diversificado sus negocios de tal manera que no se

había visto afectado con la crisis económica de los últimos años. Cuando las propiedades bajaron de valor, él compró varios edificios y los convirtió en apartamentos de alquiler. Su astucia y su elegancia me cautivaron aquella noche. Son muchos los secretos que se pueden ocultar detrás de una buena apariencia física.

Luego me enteré que él solamente utilizaba el nombre y el dinero de su familia. Los edificios eran de su hermano que le permitía hacer algunos trabajos de relaciones públicas y utilizarlos de pantalla para tapar su vagancia y fracasada vida. Los Weber eran todos empresarios prestigiosos. Además de los negocios de bienes raíces, se les relacionaba con la industria hotelera y hasta con una franquicia de restaurantes. Pero Peter sólo recibía los beneficios del apellido de su prestigiosa familia. Solamente era un consentido, inútil, fiestero y usaba sustancias y cosas extrañas que lo hacían comportarse de manera extraña. Yo no supe nada de eso hasta que ya era muy tarde. Su familia lo mantenía y pagaban todas sus aventuras. Ellos básicamente cubrían sus gastos como una penitencia que se paga para mantener algún pecado oculto. Todos dirían hasta creerse la mentira familiar que Peter hacía siempre “algo importante” y que era clave para el desarrollo de los negocios familiares. Por eso nadie pudo prevenirme. Ni siquiera mi padre que era muy allegado a la familia Weber. Ahora yo tenía que enfrentar las consecuencias de mi desatino.

Esa misma noche en la que nos conocimos, concertamos una cita. Y luego, otra y otra. Hasta que nos hicimos novios. Yo que siempre me he creído tan fuerte e independiente vine a terminar con alguien como Peter que me maltrataba y torturaba con sus amenazas.

Sacudí mi cabeza para quitar todos esos pensamientos acerca del maldito de Peter y poder continuar disfrutando de ese momento tan deseado por Jorge y por mí. Mi delicioso fotógrafo que compartía tantas cosas en común conmigo y olvidar al niño consentido que luego descubrí que era Peter. Al mismo tiempo Jorge interrumpió mis malos recuerdos cuando me preguntó: “¿En qué piensas?”

—Nada importante. —Le dije para evitar traer un mal recuerdo a dañar aquel momento sublime que estaba viviendo con Jorge. Pero como siempre mi rostro me descubrió ante la mirada experimentada de Jorge.

—¿Qué te sucede?—Me preguntó.

—En otro momento hablaremos de preocupaciones. Ahora disfrutemos...

—Le dije a la vez que me convencía mí misma de que las amenazas de Peter

no eran importantes. Que en algún momento se enamoraría de otra, si es que era capaz de tener esos sentimientos, y me dejaría en paz.

Jorge y yo nos quedamos mirándonos a los ojos apaciblemente. Como dos amantes que se conocían de toda la vida. El comenzó a acariciar mi cabello y mis hombros y allí tendidos en la cama, despacio y apasionadamente nos amamos una y otra vez hasta que el cansancio venció nuestros cuerpos. Toda la ansiedad y los pensamientos negativos quedaban atrás. El trabajo, las preocupaciones de la oficina, el gato imprudente que insistía en interrumpir y mis pensamientos; el terror que le tenía a Peter y que debería mantener oculto... Así nos sorprendió la tarde. Desnudos y amándonos.

Después de ese fin de semana que comenzó con lo que parecía ser una equivocada decisión de sexo casual, continuamos viéndonos en su apartamento o en el mío. Almorzábamos juntos, cenábamos, cualquier evento era una buena excusa para estar juntos. Comenzábamos algo bueno y yo me sentía feliz. Sin embargo, era imposible que dejaran de torturarme las amenazas de Peter. Maldita la hora en la que me había fijado en ese riquillo infeliz. Si mi padre se llega a enterar de las veces que me pegó y de todos los maltratos que sufrí a manos de ese desgraciado, lo mata. Y otra vez en mi mente esas malditas fotos que le quería enviar a mi padre. Él me dijo que me había tomado unas fotos en las que yo aparecía desnuda. También que las pocas veces que teníamos relaciones tenía una cámara en la habitación y que pondría los videos en la Internet si yo no hacía lo que él me decía. Yo nunca había visto las fotos o los videos pero no me quedaba más remedio que creerle y no provocarlo. No podía imaginar la vergüenza y la ruina de mi carrera profesional si algo así se publicaba en la Internet. La vergüenza que pasaría mi familia.

¡Qué estúpida fui! Y por eso no podía decirles a todos que me había enamorado de Jorge. Y Jorge se creía que yo me avergonzaba porque él me llevaba algunos años. Por un lado, me ocasionaba una profunda tristeza el que pensara que yo me avergonzaba de él porque era mayor que yo, y por otro no encontraba el valor para decirle que Peter me estaba chantajeando y que si se enteraba de que yo estaba con otro hombre le mostraría las fotos a mi padre y pondría los videos en la Internet.

Esa noche luego de la jornada de trabajo un grupo de compañeros habíamos decidido ir por unos tragos y posiblemente a cenar. Entonces percibí la mirada triste de Jorge lo que me hizo cambiar de planes. El pobre hombre que pensaba que yo no quería decirle a nadie de nuestros amoríos porque me

avergonzaba de él por su edad. Yo muriéndome de miedo por las amenazas de Peter. ¡Basta ya! Esa noche le diría todo a Jorge y si aun así el decidía hacer frente a todos y decir acerca de nuestro romance, entonces ya por lo menos tendría toda la información. No era justo traerlo a mi complicada existencia sin advertirle que Peter había jurado que no habría ningún otro hombre y que me tenía amenazada. Decirle de esas malditas fotos que había prometido enviarle a mi padre y publicar en la Internet. Me disculpé con nuestras amistades y le dije a Jorge que nos encontraríamos en mi apartamento para hablar. Un poco sorprendido por el cambio de planes aceptó.

Siempre contigo

Cuando llegó a mi apartamento nos dimos un beso largo y me abrazó. ¡Cómo me gustaba sentir su pecho contra el mío! Sus manos acariciando mis brazos me inspiraban mucha ternura. Jorge era tan dulce y caballeroso conmigo. Estar junto a él me hacía sentir segura y feliz. Cuando nos encontrábamos a solas, casi siempre terminábamos desnudos y haciendo el amor. Pero hoy no. Hoy lo detuve y le dije que deberíamos hablar de algo importante.

—Sí, lo sabía. Tarde o temprano ibas a dejarme por la diferencia de edad que hay entre nosotros. Es que para ti debo ser un viejo. —Me dijo bajando la cabeza con mucha tristeza.

—No tiene nada que ver con la edad y posiblemente el que termine hoy dejándome vas a ser tú. —Lo interrumpí.

—¡Nunca! —Exclamó con mucha seguridad.

—No lo sabes. Espera a que te cuente lo que me pasa y luego tú decides. —Le dije.

Esa noche le conté todo lo que había pasado desde el momento en que conocí a Peter Weber. Yo pertenecía a ese mundo aristócrata del que trataba de distanciarme. No era una niña engreída de sociedad. Mi madre y mi padre me enseñaron que las cosas cuestan trabajo y esfuerzo. Que una mujer vale por lo que es, por lo que representa y por su educación, no por una cara linda y una cartera de marca.

Tampoco a Jorge le gustaba ese otro mundo de superficialidades. Aunque su presupuesto estaba muy acomodado, la vida y las circunstancias no le permitían vivir en apariencias. Eso estaba en contra de sus valores. Y eso era lo más que me apasionaba de él. Si pudiera borrar el día en el que conocí a Peter y solamente entregarme al amor de Jorge lo haría.

La vergüenza profunda que sentí cuando tuve que contarle que la razón por la que no quería decirle a todos de nuestra relación era porque Peter me

amenazó con enviarle a mi padre unas fotos que me había tomado desnuda. En realidad mi preocupación era que yo nunca había visto las fotos. Él me dijo que las había tomado pero nunca me las mostró. Desde ese momento tuve que hacer lo que me pidiera por evitarle a mi padre la un disgusto. Me habló de fotos y de vídeos que había tomado y que pondría en la Internet si se me ocurría estar con otro hombre. Hasta ahora no las había publicado porque después de haberme podido librar de la relación con ese desgraciado yo no había vuelto a tener otra pareja. Hasta ahora, que me había enamorado de Jorge sin esperarlo o planificarlo. La familia de Peter pensaba que todavía yo continuaba mi relación con él. En un par de ocasiones Peter me había obligado a asistir a actividades de su familia para guardar las apariencias.

—Ese hombre es un capullo. ¿Eso es todo? —Me dijo mirándome fijamente a los ojos.

—¿Te parece poco? —Le pregunté.

—Peter Weber está involucrado en muchas cosas que su familia tiene que estar cubriendo. Como por ejemplo sus vicios. Fingen que ese problema no existe pero es un asunto público que nadie comenta abiertamente por respeto a sus familiares. Por lo que me dices no tuviste nada que ver con eso, o con las actividades criminales que se cuenta que lleva a cabo.

—Sé que toma muchísimo y que usa otras cosas. Pero no conozco detalles más allá de esos. —Le contesté.

—Pues es una lástima porque estoy seguro de que él tiene mucho más que esconder que unas estúpidas fotos de desnudos. —Me dijo.

Estábamos sentados en el sofá de mi apartamento. Entonces me abrazó con un cariño sincero al que probablemente yo tendría que renunciar. Sentí cuando me besó en la frente. Era un beso protector.

—Puedes contarme todo. No voy a dejar de quererte por algo tan injusto como los chantajes de ese desgraciado. Pero dudo que ese sin vergüenza simplemente te diga que no quiere que estés con otro hombre porque está obsesionado contigo. Puedes confiar en mí. ¿Qué otras cosas te obliga a hacer con ese maldito chantaje? —Me preguntó a la vez que pasaba sus dedos por mis cabellos.

Yo que siempre había sido una mujer fuerte e independiente, me sentía tan tonta por haberme involucrado con un bueno para nada como Peter. Por haberme dejado llevar y haberme puesto en esta situación sin ninguna necesidad. Fue una acción más que inocente, estúpida y ahora tenía que

ajustarme a las consecuencias. Jorge estaba seguro que todo su hostigamiento se debía a que estaba sacando algún provecho de mí. Yo estaba convencida de que no era sexo porque durante nuestra breve relación esa nunca fue su prioridad.

—Hasta ahora, lo único que yo creo es que le dice a su familia que todavía somos novios. Que yo sepa eso es lo único. A su familia le gustaba mucho la idea de que estuviéramos juntos. —Le expliqué.

También le conté que Peter dice que las fotos me las sacó un día que me quedé dormida. Que me acomodó para que pareciera como que me masturbaba. Una cosa así. Que yo estaba profundamente dormida y no me di cuenta de nada.

Los vídeos me dijo los tomó —sin yo saberlo— un día que hicimos el amor. Lo más que me preocupaba era que mi padre viera las fotos o los videos. Era algo muy vergonzoso. Si aparecían en la Internet, tendría que vivir con ese bochorno para siempre. Todavía no las había puesto en la Internet y ya era suficiente humillación el haberle tenido que contar todo esto a Jorge. Sin embargo, el decirle a Jorge toda la verdad me hizo sentir una gran tranquilidad. Vivir ocultando un secreto de la pareja que amas y que siempre está a tu lado es horrible. Esa ansiedad se me quitó inmediatamente. Ya estaba enterado y yo esperando a que me rechazara. No importa lo que pasara ya estaba liberada de ese secreto que pesaba en mi alma.

Pensé que no iba a volver a verlo. Por eso lo que me dijo luego me sorprendió tanto.

—Eso significa que aunque yo sea un viejo eres mi novia. ¿Verdad? —Me dijo secando las lágrimas que bajaban por mi rostro y mirándome a los ojos.

—Claro que sí, y no considero que seas un viejo. Te amo, Jorge.

Esa noche nos fuimos a mi cama, y Jorge me abrazó. Dos lágrimas gruesas bajaron por mi rostro. El besaba mi rostro mojado con mucho cariño. Me consoló.

Esa noche la suave ternura que sentíamos nos llevó a hacer el amor como si estuviéramos bailando un vals. No era como otras veces en las que esperábamos todo el día para en la noche hacer el amor de manera salvaje. Cuando planificábamos para terminar en uno de nuestros encuentros apasionados. Fue diferente. Hoy, fuimos suavemente acariciándonos con mucho amor y ternura. Él me tomaba de las manos, besaba mi frente, acariciaba mi espalda... Yo lo miraba a los ojos y esta vez sin nada que

ocultar. Esa noche sentí con Jorge algo más que deseo, algo más que pasión, era la intimidad que nos acercaba más y más.

Fue todo muy lenta y suavemente hasta que exploté en un fuerte orgasmo que me dejó extenuada. Él también tuvo su orgasmo al mismo tiempo. No era la primera vez que experimentábamos ese placer al mismo tiempo. Sin embargo, esta vez fue como un pacto de amor entre nosotros. Ya no había nada que ocultar. Dormí profundamente entre sus brazos fuertes y protectores.

Maldito Peter

La tranquilidad que me quedó después de haberle contado todo a Jorge era muy grande. Sin embargo, no era definitiva. Dos días más tarde, como si supiera que yo estaba en paz, se apareció Peter a mi puerta. El susto que me llevé fue enorme. Al salir por la entrada principal del condominio, sentí su mano sobre mi brazo como una garra que sostiene a su presa. Mi respiración se aceleró demostrando el terror que sentía. Me temblaban las manos y comencé a transpirar ansiosa.

—¿En qué andas que estás tan asustada? Mucho cuidado con lo que haces y que mi familia no te vea con el estúpido fotógrafo ese y se entere de que no estamos juntos. Me haces pasar ese mal rato y tu papito recibe las fotos y el vídeo. —Me dijo con esa voz punzante y aterradora susurrante al oído. Yo sintiendo ese aliento de depredador que había aprendido a odiar.

Todavía agarrando mi brazo con fuerza, me llevó hasta un lugar más apartado. Ese día comprendí lo que me había dicho Jorge. Alguna ventaja sacaba Peter torturándome. La familia de Peter pensaba que yo había llegado a resolver los problemas de la inmadurez y las adicciones de Peter. Yo, la única idiota que se había involucrado con ese niño rico consentido al que le gustaban más el alcohol y las drogas que el sexo. Que me ignoraba y no me demostraba ningún tipo de cariño pero que tampoco me dejaba ir. Un hombre adulto al que todos tenían que cuidar. Un inútil, simplemente eso.

La familia Weber eran unos alcahuetes que le suplían dinero para sus vicios y para poder guardar las apariencias. Esa misma familia que me hizo creer que enamorarme de Peter era lo mejor que me podía pasar y que lo escondieron de mí cuando lo enviaron a ese centro de rehabilitación del que se escapó. Ese era el famoso viaje de negocios al que me dijeron que fue. Una clínica de rehabilitación para despojarlo de todo vicio y ponerlo más presentable para mí. Para que yo, la más idiota del planeta les ayudara a tapar las apariencias del niño mimado que podía tener una novia de buena clase

social y una relación seria y que sentara cabeza. A veces he pensado que fueron crueles y que no tenían ninguna consideración conmigo. Por otro lado, también sé que están desesperados porque ya no encuentran qué hacer con Peter y que en esa desesperación llegaron a pensar que Peter podría tener sentimientos tan profundos por mí que se le arreglaría la vida. Pero la vida de Peter no la puede arreglar nadie. Y su familia simplemente cubre lo que puede.

Continuaba mirándome con esos ojos malvados y llenos de locura y agarrándome por un brazo hasta dejarme sus dedos marcados. Le supliqué que me soltara. Pareció escucharme porque sentí un gran alivio cuando su mano soltó mi brazo aunque continuaba doliéndome porque me apretó muy fuerte.

—Hay una cena en la casa de mis padres y tienes que ir conmigo. —Me dijo.

—No me gusta mentirle a tu familia. No estamos ni estaremos juntos. Nuestra relación se acabó y yo no quiero verte nunca más. —Le respondí sin mirarlo a los ojos.

Me sujetó el rostro con rudeza y me obligó a mirarlo.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga o tu papito recibe las fotos y el vídeo. Le vamos a decir a mi familia que queremos casarnos. —Me dijo sentencioso.

Miré hacia abajo para evitar su mirada llena de odio. Esos ojos hipócritas que me miraron enamorados y que se salían de sus orbitas cuando Peter estaba bajos los efectos de alguna droga. Hoy sus ojos tenían una rabia desesperada. Físicamente más fuerte que yo pero con ojos de angustia. Esa pequeña debilidad emocional me dio la oportunidad de hablarle. Seguí los consejos de Jorge que me dijo que no debía demostrarle el miedo que me provocaba. Que pensara en los animales. Como ellos se cambiaban su lenguaje corporal cuando están en frente a un depredador. Subí mis hombros para verme más grande y apreté mis puños para canalizar mi miedo. Fingí una mirada de fuerza. Increíblemente él se alejó un poco. No sé si su actitud cambio para hacerse más débil o si yo me volví más fuerte.

—Por supuesto, Peter. Sabes que lo único que me interesa es ayudarte. Después de todo, tenemos gratos recuerdos. —Le dije tratando de convencerlo de que estaba de su parte.

—El sábado, a las siete. Más te vale que no me falles. —Me dijo y dio media vuelta y siguió caminando apresuradamente calle abajo.

Sentí un sudor frío bajándome por el cuerpo. Mi corazón latía más rápido por la angustia y el miedo. Saqué mi teléfono móvil de mi bolso y apenas

podía marcar para llamar a Jorge. Mis manos temblaban y mi mente no podía enfocarse para poder llevar a cabo una acción tan simple. Todavía temblando alcancé a llamar a Jorge. No quería preocuparlo y solo le dije que quería verlo. Que me encontrara en uno de nuestros sitios predilectos. En aquel que hacían los sándwiches cubanos y el café delicioso. El reconoció mi nerviosa voz e insistió en saber si me pasaba algo. Le dije que no que solamente quería verlo pero no pareció creerme. Acordó encontrarse conmigo allí en los próximos quince minutos.

Llegó Jorge con una expresión en el rostro de preocupación que cambió cuando me vio. Con una media sonrisa me dio un paternal beso en la frente y un tibio abrazo.

—Mi amor, ¿estás bien? —Me preguntó.

—Sí. Es que Peter me dijo que quiere que yo vaya a una cena con su familia. —Le comenté.

Yo estaba tratando de taparme la marca que me dejó Peter en el brazo con la manga de la blusa pero Jorge se dio cuenta.

—¿Qué demonios es esto? Tienes el brazo todo marcado. Eso te lo hizo ese desgraciado. Cuando lo agarre lo destrozo a golpes. A ver si es tan valiente. —Dijo Jorge con furia.

Nunca lo había visto tan enojado. Le pedí que se calmara para que pudiera ayudarme. Golpear a Peter solo iba a empeorar las cosas.

—¿Y qué le dijiste? —Me preguntó.

—Tuve temor y le dije que iba a ir. —Es el sábado.

—Pues el sábado, es la cena en la que me vas a presentar a tus padres como tu novio. Porque a tu mamá y tu papá hace tiempo que los conozco. Ese día vas a llamar a Peter y le vas a dar una excusa. Que estas en el hospital o algo así. Y cuando te pregunte cual hospital le das una dirección de uno que queda a dos horas de aquí. Él no va a ir pero si va, cuando llegue, tengo una persona allí que lo va a recibir y a decirle que acaban de darte de alta. Yo me encargo de eso. Pero sé que él no va a manejar dos horas para verte. Es demasiado perezoso e imbécil como para hacer algo así por nadie. Eso solamente lo vamos hacer para ganar tiempo para hablar con tus padres.

—Pues quiero que sepas que te amo y que quisiera presentarte a mi familia como mi novio. Sin embargo, tengo miedo de que mi padre lo comente con sus amistades y que eso llegue a oídos de Peter y su familia. —Le dije.

—El padre de Peter es un hombre digno. Su pecado ha sido alcahuetear al

irresponsable de Peter. Más de una vez lo han enviado a casas de recuperación de las que se escapa. Y él siempre le da dinero que ese inútil gasta a manos llenas. Pero esta vez, lo que está haciendo contigo, no se lo va a perdonar. Siempre ha tenido la idea de que Peter no le hace daño a otras personas sino a sí mismo. No creo que a Peter le convenga que su chantaje se haga público. — Explicó.

—¿Pero y mi padre? Se va a enterar. —Le dije con voz temblorosa.

—Entiendo que respetes a tu padre pero él sabe que eres una mujer mayor de edad. Y al final del día a quien ama es a ti y no tiene nada que ver con ese bueno para nada de Peter. —Me dijo con enojo, pero inmediatamente me miró a los ojos y me sonrió.

—Marina, si esas fotos existen, Peter no las va a usar. Yo no creo que él tenga nada porque si las tuviera te las hubiera mostrado para hacer su chantaje más veraz. —Aseguró Jorge.

Hicimos esa tarde un plan para resolver el asunto de Peter. Primero tenía que llamarlo y buscar la manera de deshacerme de él por lo menos el sábado en la noche. La cena en la casa de mis padres tenía que ser planificada con antelación. Le dije primero a mi madre y luego a mi padre que Jorge era mi novio y no parecieron sorprenderse. ¡Esa habilidad que tienen de saber siempre lo que estoy pensando! No queríamos decirles lo que pasaba con Peter en la sala y en frente de Jorge. Me tocaba la difícil tarea de decirle a mi madre con un día de anticipación para que hablara con mi padre en privado. Cuando le dije todo a ella, me abrazó muy fuerte. Me besó el rostro bañado de lágrimas. Luego me susurro al oído, no te preocupes que nos vamos a encargar de ese sinvergüenza.

Frente a la verdad

Cuando llegamos Jorge y yo a la casa de mi familia, mi mamá tenía todavía el rostro lloroso. Cuando mi padre se preocupaba fruncía el ceño. Miré su rostro de reojo porque no me atrevía a mirarlo a los ojos y descubrí aquel surco que se le hacía en la frente y una vena azul que siempre resaltaba en la sien derecha cuando estaba preocupado. Saludaron a Jorge y a mi padre me atrajo hacia a él y me dio un abrazo. Cuando fui a despegarme de él, me sujetó y continuó abrazándome por un rato.

—Mi niña, perdóname por no haberte protegido de ese desgraciado. Esto se va a resolver. —Me dijo al oído.

—Perdóname tú por no haberte evitado este disgusto. —Le contesté con una profunda tristeza en mi corazón pensando que los había decepcionado.

Me dolía mucho causarles esa pena a mis padres pero allí estaba Jorge dándome apoyo. Nos sentamos a la mesa, y aunque nadie parecía tener mucho apetito, cenamos. Entonces pasamos a la sala. Mi padre y Jorge con sendas copas de vino, mientras que mi madre y yo preferimos el café. La velada terminó con mi padre diciéndonos que iba a hablar con el padre de Peter y que estaba seguro que se resolvería el problema.

Yo protesté y le dije que no hiciera eso que todo iba a estar peor. Que Peter se iba a alterar y se podía poner violento. Pero mi padre y Jorge estuvieron de acuerdo en que lo que hacía Peter era ilegal y que estaba seguro que los Weber harían cualquier cosa para evitar un escándalo.

Ya nos íbamos cuando mi padre detuvo a Jorge.

—Aunque estoy ocupado con este problema, no crea que no voy a hablar con usted acerca de llevar una relación con mi hija. No me opongo, pero tiene que ser formal. Ya hablaremos. —Dijo mi padre en un tono muy serio.

Unos años antes me hubiera enojado con mi padre por decirle eso a Jorge. Sonaba como que yo era una niña. Sin embargo, en este momento lo acepté con

una sonrisa. Después de todo, estoy metida en tremendo problema y mi padre está dispuesto a ayudarme. Luego de lo que había pasado con Peter, él tenía todo el derecho de preocuparse y de opinar. Sonreí también porque me sentía protegida en aquella casa familiar bajo la mirada de mis padres y con Jorge sujetándome de la mano.

—Sí señor, cuando usted desee podemos hablar. Yo a su hija la quiero y es en serio. —Dijo Jorge con voz firme.

Esa noche nos quedamos en el apartamento de Jorge. Siempre que íbamos allá él me consentía mucho y luego de la cena en la casa de mis padres eso era lo que necesitaba. Nos quedamos dormidos abrazados. A eso de las diez de la mañana del día siguiente, mi padre nos llamó. Nos explicó que había hablado con el padre de Peter y que el señor Weber se había disculpado y prometido resolver el asunto. No podía creer que mi tortura hubiera terminado y que todo se hubiera resuelto tan rápido. Aunque me sentía un poco frustrada por no haber podido resolver mis asuntos sola y tener que depender de Jorge y de mi padre, sentí un gran alivio. Finalmente podía cerrar el infeliz capítulo de Peter.

El accidente de un cobarde

Al día siguiente, decidimos ir a mi departamento para buscar algunas cosas y pasar el día juntos. Inesperadamente cuando casi llegábamos a mi departamento alcanzamos a ver el automóvil de Peter estacionado frente al edificio.

Comencé a temblar cuando presentí las intenciones de Jorge. Él quería confrontar a Peter. Y este maldito que estaba allí esperándome. ¿Qué quería ahora? Mi padre me había dicho que Peter le había prometido al Señor Weber que no volvería a acercarse a mí. Que no me iba a hostigar más. ¿Qué buscaba ahora? Algo nuevo se habrá inventado para torturarme.

Jorge se estacionó bruscamente detrás del auto de Peter. Casi lo choca. Abrió la puerta y se bajó del vehículo. En cuestión de segundos ya estaba al lado de Peter. Yo no pude hacer nada. Yo también me baje del vehículos y me quedé unos pasos detrás de Jorge. Comenzaron a discutir.

—¿Maldito desgraciado qué haces aquí? Si serás cabrón. A ver si eres tan valiente conmigo y dejas de estas abusando de Marina. —Acto seguido lo golpeó en la cara y Peter cayó en el pavimento al lado de su automóvil. Yo creo que le rompió la nariz o algo así porque cuando levanto el rostro pude ver que sangraba.

Peter se limpió la sangre de la cara con el brazo. Cuando finalmente pudo ponerse en pie, escupió en el suelo. Sin embargo, no intentó pegarle a Jorge. Sabíamos que Peter era un cobarde pero nunca nos imaginamos lo que pasaría después. No sé de dónde sacó Peter un revólver pero lo desenfundó y apuntó a Jorge. Esa calle que siempre estaba llena de gente y automóviles ese día parecía desierta. Era como si solamente estuviéramos nosotros tres en la calle. Como si nadie pudiera vernos.

La mano de Peter temblaba mientras apuntaba con el revólver a Jorge. A pesar de todo nunca pensé que Peter tuviera un arma de fuego y menos aún que se atreviera a utilizarla.

—Por favor Peter no cometas una locura. Te vas a arrepentir toda tu vida. —Le supliqué.

—No te preocupes Marina que este cobarde no va a hacer nada. —Lo desafió Jorge.

Recuerdo todo con imágenes borrosas. Entonces, yo creo que más por accidente que por intención, Peter disparó el arma. Luego de la detonación hubo un silencio absoluto que poco a poco fue interrumpido por el sonido de la alarma de un automóvil que parece que se activó con el ruido que produjo el disparo. Nos quedamos paralizados. Yo me quedé en blanco. No escuchaba nada. Era como si mi corazón hubiera dejado de latir. Miré como lentamente Jorge caía al suelo.

Yo no sabía que Peter cargaba un arma de fuego. El terror que sentía al tenerlo cerca estaba más que bien justificado. Peter era un imbécil peligroso. Débil y por ser débil peligroso. Dejó caer el revólver al suelo. Y no sé de dónde saqué fuerzas, pateé el revólver y fue a parar debajo de uno de los coches. Corrí hacia Jorge que todavía estaba sin moverse y lo abracé. Sentí su cuerpo mojado por el sudor y cuando pase mi brazo por su cintura note que tenía sangre en su camisa blanca. Al mismo tiempo Peter se subió a su auto y salió huyendo.

—No puede ser. Jorge, estás herido. —Dije asustada y en ese momento Peter se subió a su coche y salió huyendo.

Finalmente, parece que alguien llamó a la policía que llegó con sus sirenas. Minutos más tarde una ambulancia en la que nos subimos inmediatamente. Jorge estaba muy pálido y yo muy asustada. No podía pensar claramente. Si Jorge se moría todo era mi culpa.

Una vez en la sala de emergencias del hospital, supe que fue sólo un rasguño. Un doloroso rasguño lo que explicaba la palidez de Jorge y no lo que yo imaginaba que era la pérdida de mucha sangre. Mi padre llegó al hospital y se las arregló para que la policía no molestara a Jorge con preguntas.

Le conté a mi padre todo lo que había pasado. De que Peter me estaba esperando y que Jorge no pudo contenerse. Que no estaríamos en aquel hospital si Jorge hubiera seguido manejando y hubiera evitado a Peter como yo le pedi. Pero mi padre me dijo que entendía a Jorge y que si en su lugar el también hubiese enfrentado a Peter. Que Peter no era más que un cobarde con

un arma de fuego y que afortunadamente Jorge iba a estar bien.

Mi padre también me dijo que había hablado con el padre de Peter y que todo debía solucionarse. Que el señor Weber le había prometido tomar cartas en el asunto y que se había disculpado. Para variar el chantaje y las amenazas de Peter eran un acto ilegal y que para nada querían verse en un pleito en las cortes con mi familia. Se disculpo también por haber permitido que yo me involucrara en una relación con Peter sin advertirme de sus fechorías. Que esta vez había llegado muy lejos.

Mientras estaba con mi padre en la cafetería del hospital, él recibió una llamada en su teléfono móvil. Mi padre tomó la llamada y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Cómo crees que pude haber sido yo? A mi edad no tengo fuerzas para eso. —Entonces mi padre tomó el teléfono móvil y se movió un poco más lejos y ya yo no podía escuchar nada la conversación.

Cuando regresó a la mesa en la que lo esperaba me miró y soltó una carcajada. Peter se apareció a casa del padre con la mandíbula rota. Lo llevaron al hospital y posiblemente le hagan una cirugía. Thomas Weber me pregunta si yo tengo algo que ver con eso. Le dije que no, imagínate a mi edad. Y continuaba riéndose.

—Jorge lo golpeó. Pero no pensé que fuera un golpe tan fuerte. Probablemente está exagerando. —Le contesté.

—Pues o tiene puños de hierro o lo golpeó con algo fuerte.—Explicó mi padre.

—Le dije al señor Weber que su hijito jugando a los vaqueros le disparó a Jorge y está muy preocupado. Pero nada que su dinero con un buen abogado no pueda resolver. Lo único que me interesa es que te deje en paz.—Dijo mi padre a la vez que me tomó de la mano con fuerza como para darme ánimos.

—Espero que nos deje en paz... —Susurré.

Luego supimos que la familia de Peter resolvió el problema con la justicia. Buscaron el mejor abogado. Así fueron poco a poco cayendo cada uno de los cargos y el fiscal frustrado vio como el niño rico se le escapó a la justicia. Lo mandaron a Europa. La familia Weber se las arregló para publicar en la prensa que Peter se iba a Europa a atender los negocios familiares en esa región. Con eso intentaron cubrir otra de las bajezas de Peter. Pero al menos esta vez estaba lejos.

El señor Weber le aseguró a mi padre que los vídeos y las fotos no

existían. Yo quise creerlo. Trato de no pensar en la posibilidad de un día entrar a la Internet y encontrarlas. La sola idea me llena de terror. Siempre tengo la sensación de que Peter tratará de buscarme. A veces miro a todos lados porque siento que está cerca y que me observa. Pero como dicen mi padre y Jorge. Él no va a arriesgarse a volver a molestarme. Eso sería despertar la ira de su familia y poner en riesgo todas sus comodidades. Pasó el tiempo y no volví a ver a Peter. Un día, hablando con mi madre me comentó que mi padre seguía en contacto con el señor Weber solo para asegurarse que ese desgraciado estaba lejos y que no tenía intenciones de buscarme. Con el tiempo y para mi alivio supe que encontraron a alguien que se casó con él y que se supone que lo ayudaría a asentar cabeza. Nunca supe quién era y si era víctima de la injusticia o si simplemente era cierto que Peter se había enamorado y corregido sus faltas. Por el bien de la humanidad y de su esposa espero que sí.

Yo por mi parte seguí mis felices amores con Jorge. A la luz del sol, sin tapujos, sin mentiras, sin tener que ocultarnos. Con la bendición de mis padres y la satisfacción que me proporcionaba estar al lado del hombre del que finalmente me había enamorado y del cual no podría imaginar lejos. A su lado era feliz. Me sentía única y completa. El me brindaba mucho amor y éramos muy estábamos muy contentos juntos. Una felicidad que yo no quería terminar jamás. De vez en cuando me mencionaba si yo consideraba un problema nuestra diferencia de edades pero ese pensamiento parecía disiparse cuando yo le hablaba de lo enamorada que estaba. Éramos el uno para el otro. Amigos inseparables, amantes, compañeros de diversión y travesuras. Prácticamente imposible encontrar una relación mejor que la nuestra. Y finalmente se animó a hacerme la pregunta que yo tanto esperaba.

—Te gustaría casarte conmigo —Me preguntó a la vez que sacó un anillo de su bolsillo y me lo mostró. Sin dudarlo lo abracé y le dije al oído por supuesto.

Me dijo que hubiera querido proponerme matrimonio frente a mi familia pero tenía un poco de temor de que yo fuera a rechazarlo. Le confesé que si no me hubiera propuesto matrimonio, tarde o temprano yo terminaría proponiéndoselo a él.

Al día siguiente formalizamos todo con mi familia y con la de él. Aunque ya éramos adultos, Jorge y yo le quisimos dar ese gusto a nuestras familias.

Especialmente a la mía que esperaba la tradicional pedida de mano y planificar para la boda.

Verdadero amor

Mi familia quiso anunciar nuestro compromiso en la prensa. Así a la antigua y con ese aire de familia aristocrática. Aunque Jorge y yo nos sentimos un poco raros con todo eso dejamos que se dieran ese gusto. Mi padre estaba muy orgulloso y mi madre corría de un lado a otro con los preparativos de la boda. Insistimos en mantener todo lo más sencillo posible pero la familia de Jorge también intervino para ayudarnos con la boda y terminamos cediendo a todo. Lo más importante era que íbamos a estar juntos y felices y si nuestras familias estaban contentas pues mejor.

Con toda la algarabía me había olvidado de la existencia de Peter hasta que un día recibí una llamada de un número de teléfono que no parecía de los Estados Unidos. Sin detenerme a pensar quien pudiera estarme llamando tomé la llamada y luego de un silencio escuché aquella voz familiar. Un sudor helado bajo por mi espalda... Era Peter.

—No cuelgues, por favor. —Dijo.

Yo guardé silencio. No pude decir nada después que escuche su voz. Estaba petrificada y aterrada. Seguramente se había enterado de la boda y me estaba llamando para arruinarme los planes. Vendría de nuevo con sus amenazas y a hacerme la vida imposible. Que poco me había durado la paz sin saber de él.

—No cuelgues. Sólo escúchame. Te estoy llamando para pedirte perdón por todo el daño que te hice. Necesito pedirte perdón. Es parte de mi recuperación. Por favor perdóname. Te juro que no vuelvo a molestarte. — Dijo con voz clara y serena.

No le contesté. Me dio un poco de rabia pensar que me pedía perdón por su propósito egoísta de recuperarse. Pero al fin y al cabo, la promesa de no volver a saber nada de él era esperanzadora. Así que apenas le susurré:

—Está bien —No dije nada más que eso. Luego colgué el teléfono.

No quedaron obstáculos para que Jorge y yo pudiéramos amarnos. Nada se interponía entre nosotros. A veces a él lo asaltaban esas inseguridades por la edad pero yo lo ayudaba a disipar sus dudas porque eso para mí nunca fue un problema. Nuestro amor se hizo más firme aquella tarde de otoño en la que casamos.

La familia de Jorge era muy numerosa y muchos de ellos vinieron de España y otras partes de Europa para celebrar nuestro matrimonio. Hasta la ex esposa de Jorge vino con los hijos. No me imaginaba que iba a ser tan aceptada y tan querida por todos ellos.

Los miembros de mi familia que estaban esparcidos en diferentes partes de los Estados Unidos también vinieron a la boda. Las tías llegaron de Puerto Rico y hasta vinieron familiares por la parte de mi padre que Vivian en Irlanda e Inglaterra.

Mi vestido era de un corte sencillo como era la moda del momento. Mi madre estuvo revisando revistas y trajes que se habían utilizado en las bodas de la realeza. Al final se dio cuenta que las ultimas bodas reales habían llevado trajes sencillos y en eso coincidimos. Así que contentas nos fuimos a entallar nuestros vestidos y los de los pajes que iban a salir en la boda. Porque eso sí, las bodas reales inglesas salen con un montón de niños y niñas. No quería que hubieran un montón de niños corriendo y llorando en la boda pero al final acepté porque pensé que se verían lindos.

Con todo ese despliegue de gente y culturas que formaban nuestras familias mezcladas el menú de la fiesta incluía arroz con gandules, paellas, el perrito al estilo puertorriqueño y muchos otros manjares que deleitaron a nuestras familias.

Mi padre me tomo del brazo y yo podía sentir su emoción temblorosa. Yo también estaba emocionada y nerviosa a la vez. Cuando entramos a la iglesia, en el altar me estaba esperando Jorge. El gran amor que había entre nosotros era como una conexión que iba de un lado al otro del templo. Allí estaba esperándome. Mirando hacia la entrada donde apenas nos asomábamos mi padre y yo. ¡Que día tan hermoso! La maravillosa vida junto al hombre amado que apenas comenzaba y que recibiría la bendición de Dios y de nuestras familias.

Recibimos muchos regalos en efectivo así que decidimos tomarnos unas largas vacaciones en la editorial para irnos de luna de miel. Ya habíamos planificado ir a Puerto Rico así que llegamos primero a la Isla tan amada por

mi madre. A la Isla en la que había aprendido a pronunciar mis erres en español y en la que cuando era niña pasaba mis veranos. Mi mamá me enviaba para que jugara y compartiera con mis primos y primas que no hablaban inglés. Cada fin de verano ellos hablaban más inglés y yo más español.

La habitación del hotel que escogimos en San Juan tenía una vista maravillosa. El mar tan infinito y esas aguas tibias caribeñas fueron el escenario del comienzo de nuestra vida de casados.

Tuvimos una noche hermosa en la que nos amamos profundamente. Un sentimiento sublime que va más allá de las sensaciones físicas se apoderó de mí. Nos amamos al ritmo de las olas del mar. Luego nos quedamos contemplando aquellas hermosas aguas azules.

—¿Eres feliz? —Me preguntó mientras me abrazaba.

—Mucho, muchísimo. —Le contesté y lo abracé. Me sentía tan pequeña y delicada en sus brazos. Desde Puerto Rico tomamos un vuelo directo a Madrid. Allí me llevó por muchas calles desconocidas por mí. Aprendí mil cosas de su cultura y visitamos muchos museos y lugares maravillosos. Yo creo que fue en Madrid que quedé embarazada. No, no lo planifiqué. No me lo esperaba y Jorge muchísimo menos. Pero allí estaba aquella cosita pequeña creciendo dentro de mí y producto del gran amor que Jorge y yo nos profesamos. Sofía trajo mucha felicidad a nuestras vidas. La hija y el hijo de Jorge la amaban y ella los amaba a ellos. Era un amor de hermanos muy especial. Ellos la cuidaban y la querían. La mimaban mucho pero a la vez, le mostraban cosas nuevas y le tenían mucha paciencia. La felicidad junto a Jorge no tiene fin. A veces no entiendo que hice para merecer tanta dicha. Pero me la disfruto.